

Cristóbal Colón, representan al primer hombre y la primera mujer separados por un árbol, á cuya mujer, según Humbolt, llaman los indígenas Cihua-Cohualt, (mujer de la serpiente,) la que se representa teniendo unos frutos en la mano. (Histoír. de l'Egliss. Prem. epoq. cap. 3. § 2.) Por todo esto se ve que la tradición del paraíso era bien conocida entre los mexicanos, y que Juan Diego debió tener conocimiento de ella por sus antepasados; sólo que la instrucción catequística perfeccionó en él este conocimiento, borrando el falso colorido de la fábula, y acentuando los rasgos de la verdad. Juan Diego, pues, ante una escena sobrenatural de deslumbradora belleza, del todo nueva para él, muy naturalmente recordó lo que en su niñez oiría de sus mayores, lo cual rectificado por el sentido cristiano, le hizo exclamar: "¿Por ventura he sido trasladado al paraíso de los deleites que llaman nuestros mayores origen de nuestra carne, jardín de flores ó tierra celestial oculta á los hombres?" exclamación muy mal llamada gentilica, pues como vemos, es enteramente ortodoxa en su sentido, exacta en sus detalles y hasta bíblica en su expresión.

Ni de la rusticidad é ignorancia del indio, ni de la exclamación que se pone en su boca, puede inferirse pues, lo más mínimo, ni contra la verdad, ni aun contra la verosimilitud de la Aparición guadalupana; antes lo primero, la pobreza y escasa instrucción del indio, la hace mucho muy verosímil conforme á las enseñanzas de la Santa Escritura, y á los datos que nos suministran las célebres apariciones verificadas en nuestra época. Infeliz, pues, en verdad, anduvo el autor de la Carta, en estas dos excursiones que quiso emprender por el terreno de la Teología ascética y de la Teología cosmogónica.

¿Sería más feliz en las siguientes?

Pasemos á examinarlo.

VI.

3. ^s *inverosimilitud.*—*La idea de Juan Diego acerca de la Virgen.—Pasage del Génesis.—La ciencia de Adán según Santo Tomás.—Adán escondido.—No hay ignorancia absoluta.—Cómo ven los santos.—Los criados y el mayordomo.—Las flores.—Episodio de Lourdes.—¡Nada significaban!—La Imagen venerada.—Dislates de gran tamaño.*

¿Cuál es la tercera inverosimilitud que se cree encontrar en el relato de la Aparición?

—Oigamos la famosa Carta: "Y á poco para no encontrarse, (Juan Diego,) con la Virgen y evitar una reconvención, toma otro camino: esto no es candidez, sino ignorancia absoluta de la religión que había abrazado. ¿Qué idea tenía de la Santísima Virgen el buen Juan Diego, cuando con esta pueril estratagema pensaba excusarse de ser visto por la Soberana Señora?" Vamos por partes. ¿Con que cree el buen Lic. que fué ignorancia, y no cualquiera, sino ignorancia absoluta de la religión, el querer esconderse para no ser visto? ¿Conque era una idea muy insensata, muy errónea, la que se formaba Juan Diego de la Virgen soberana creyendo que no le vería? ¡Ah, sabiduría humana! Con razón eres estulticia delante de Dios! [S. Cor. III. 19.]

Abramos otra vez el sagrado libro del Génesis. Leamos en el Capítulo tercero desde el verso 6: "Vió pues la mujer que el fruto era bueno para comer, y hermoso á los ojos y deleitable en su aspecto; y tomó del fruto y comió; y dió á su marido, el cual comió. Y abriéronse los ojos de ambos; y como conociesen que estaban desnudos, cosieron hojas de higuera, y se hicieron delantales. Y como oyesen la voz del Señor Dios andando en el paraíso al viento después del medio día escondióse Adán y su mujer de la faz del Señor Dios, en medio de los árboles del paraíso. Y el Señor Dios llamó á Adán y le dijo: ¿dónde estás? El cual respondió: "yo escuché tu voz en el paraíso, y temí, por estar desnudo y me escondí." Hasta aquí nos intere-

sa esta narración. Notemos que es enteramente cierta y aún de fé por ser de un libro inspirado.

Preguntemos ahora á Santo Tomás, cuál fué la ciencia de Adán en el paraíso, y nos responderá con su exactitud y claridad acostumbrada: "En el orden natural lo perfecto precede á lo imperfecto . . . Y porque las cosas fueron primero instituidas por Dios, no sólo para subsistir en sí mismas, sino también para ser principio de otras, por eso fueron producidas en estado perfecto. En cuanto al hombre, puede ser principio de otro, no sólo por la generación, sino también por la instrucción y el gobierno. Y hé aquí porqué, de la misma manera que en cuanto al cuerpo fué el hombre instituido en estado perfecto, siendo capaz desde luego de engendrar su semejante, así también en cuanto al alma, fué instituido en estado perfecto para poder desde luego enseñar y gobernar. Y como nadie puede enseñar sin tener ciencia, de aquí es que Adán poseía la ciencia de todo aquello en que el hombre naturalmente puede ser instruido. Es decir, tuvo ciencia de todo cuanto virtualmente se encierra en los primeros principios, ó sea la ciencia de todo cuanto el hombre puede naturalmente llegar á conocer." (P. 1.º q. 94. a. 3.) Tal era la ciencia del primer hombre: vastísima, universalísima, omnimoda.

Ahora bien, este hombre sapientísimo, no ignorando cuál es la inmensidad divina, se esconde y dice que teme, por estar desnudo, de suerte que cree que con esconderse, se oculta á los ojos de Dios. Cabe aquí preguntar [como la Carta,] "¿Qué idea tenía del Señor Dios el buen padre Adán, cuando con esta pueril estratagemata, [de esconderse tras de un árbol,] piensa excusarse de ser visto por el Soberano Señor?"

Pero si Adán sapientísimo, pudo querer esconderse, pues se escondió, de los ojos de Dios que todo lo vé, no fué ignorancia en Juan Diego el querer esconderse de los de la Virgen Santísima. Además, ignorancia absoluta de la religión, sería no saber sus dogmas fundamentales: la Trinidad, la Encarnación, la Remune-

ración; pero ignorar sus aplicaciones más ó menos remotas, es excusable en un simple fiel, y mucho más en un indio recién convertido. Es cierto que la Virgen María, como los santos, ve todas las cosas en la divina Esencia, como en un cristal purísimo, pero que las vea todas directamente con los ojos del cuerpo, ¿dónde consta tal doctrina? Y Juan Diego miraba á la Señora con sus ojos, y Ella lo miraba con los suyos. ¿No era muy natural pensar que donde el indio no la viera, tampoco sería visto por ella? Sólo el conocimiento de lo que es la visión beatífica y sus cualidades, podría desengañar á Juan Diego en el caso. Y sería una ineptia exigirle estos conocimientos teológicos de un orden elevado, así como es injusticia el tacharle de ignorancia absoluta en la religión que había abrazado, porque hizo en las faldas del Tepeyac lo que Adán en las arboledas del paraíso.

No hay pues en eso, ni ignorancia en Juan Diego, ni inverosimilitud ninguna en el relato de la Aparición. Mas, "la falta cometida, (por Juan Diego,) consistía en no haber acudido á la cita que ella le dió el día anterior, porque fué á Tlaltelolco, para pedir que se administrasen á su tío, Juan Bernardino, los sacramentos de la Penitencia y Extremaunción. Nadie ignora pues Mendieta lo dice, que "á los principios en muchos años no se daba á los indios la Extremaunción." Aquí parece que se trata de dos inverosimilitudes, la primera, de que Juan Diego haya tenido por falta el no haber acudido á la cita de la Santísima Virgen, teniendo un motivo que lo excusaba de toda culpa; la segunda que haya pedido la Extremaunción para un enfermo, cuando en los primeros años no se les daba.

El creerse culpado, sin serlo, lejos de ser inverosímil, es sobrado verosímil; porque como dice la Sagrada Escritura: "El justo es el primer acusado de sí mismo," (Prov. XVIII. 17.) y los Místicos advierten que es propio de una conciencia timorata, el sospechar en sí faltas, aunque no las tenga. Por otra parte, el ha-

ber faltado á la cita, nada menos que de la Madre de Dios, envolvía una desobediencia material que cualquiera podría conceptuar pecaminosa. Absolutamente nada vemos en ella de inverosímil.

Tal vez más bien se hace consistir en la petición de la Extremaunción que no se daba á los indios. Como los muchos años desde el principio, de que habla Mendieta, sean una palabra vaga, bien puede llamar muchos, á cinco ó seis, y ya en tiempo de Juan Diego había cesado esa negativa, lo cual bien basta para que no haya inverosimilitud en la narración; además que ésta no dice que hayan administrado el sacramento, sino sólo pedido, que es muy distinto.

Pero el Dr. de la Rosa ha hecho plena justicia en este caso, mostrando por el examen de las palabras mismas de la narración mexicana, que no se expresa en ella nada de Extremaunción, sino sólo se dice que Juan Diego, iba á llamar á un sacerdote para que fuese "á confesar y disponer," al enfermo. Y eso se demuestra con la traducción exacta y justificada de las palabras respectivas de la narración en lengua mexicana.

Sigue la Carta en el número 63: "Cuando el indio quiso entrar á la presencia del Obispo, se lo estorbaron los familiares y le hicieron aguardar largo tiempo. Quisiera yo saber qué familiares tenía el Sr. Zumárraga en 1531, y cómo era que los indios encontraban dificultades para acercarse á un prelado que siempre andaba entre ellos, al extremo que algunos españoles se lo tenían á mal." Dos dificultades se hacen aparecer aquí: una, que el Obispo tuviera familiares; otra, que el indio encontrara dificultad para acercársele, cuando tanto andaba entre los indios. A lo primero, ya respondió satisfactoriamente el Sr. Dr. de la Rosa, que las dos palabras correspondientes de la relación, significan, *criado*, *servidor*, y la palabra *calpixqui*, quiere decir mayordomo, ó el que cuida la casa. No es extraño que en otras relaciones se haya hecho uso de la palabra *familiares*, por llamarse así los que acompa-

ñan á los Obispos; pero el autor de la Carta debió atender á los documentos más antiguos y autorizados. Ahora bien; que el Sr. Zumárraga haya tenido alguna persona que cuidase la casa, y otras que guardasen la puerta, es muy claro, pues no hacía vida eremítica sino que moraba en la ciudad.

Mas ¿cómo Juan Diego experimentó dificultad para hablar á un prelado tan amante de los indios? Sencilísima es la respuesta, y la dá la misma Carta: "Cuando quería entrar se los estorbaron los familiares." ¿No acaeció varias veces el Sr. Lic. que su portero, ú otros domésticos no hayan permitido la entrada á personas á quienes habría querido ver y recibir con mucho gusto? Muchas veces así sucede; sea por torpeza de los criados, que niegan la entrada á quien deberían concederla, sea porque creen deber guardar esa consideración á un amo, á quien miran, ó enfermizo, ó lleno de ocupaciones. En verdad que es increíble el que se hagan observaciones de tal futilidad!

Mas pasemos á otra observación que parece más seria.

"Juan Diego se presentó al Sr. Obispo y llevó las credenciales de su embajada, rosas, según unos, rosas y otras flores según otros. Ciertamente que la seña no era para creída. Se hace consistir lo maravilloso del caso, en que el indio hallara flores en la estación del invierno y que estuvieran en la cumbre de un cerro estéril. Lo primero nada tenía de particular, porque los indios eran muy aficionados á las flores y las cogían en todo tiempo. Vemos hoy que no hay mes del año en que no se vendan en México ramilletes de flores á precio ínfimo. La segunda circunstancia no le constaba al Sr. Zumárraga; no sabía en qué lugar se habían cortado aquellas flores que bien podrían provenir de una chinampa. Así es que ninguna sorpresa debía causarle que cayesen al suelo flores cuando el indio descogió la manta, ni aquella seña servía para acreditar la embajada."

Pero más adelante añade: "El indio se había ofre-

cido animosamente á traer la seña que se le pidiese, y venía saliendo con sus flores que nada significaban; si hubiera obrado en presencia del Sr. Obispo alguna maravilla como Moisés delante de Faraón, ya sería otra cosa." Nada logró Moisés con la vara milagrosa, sino endurecer más á Faraón, y nada se lograría con que Juan Diego hiciera maravillas semejantes para convencer á los incrédulos de la época. Ya lo dijo el Evangelio: "Aun cuando los muertos resucitasen, no creerían." [Luc. XVI. 31.]

Zola presenció los milagros públicos, incontestables que se verifican en Lourdes, y lejos de creer, se ha afirmado aún más en su impiedad. ¡Extraña osadía del hombre, querer mostrar los caminos á la Providencia, censurar sus obras y querer mejorarlas! Pero examinemos concienzudamente la objeción. Redúcese á esto: las flores que llevó Juan Diego y presentó al Obispo, no eran seña suficiente, porque las había en todo tiempo, y pudo decir que eran cogidas del cerro, siéndolo de una chinampa." Bien; pero el autor de la Carta no quiere reflexionar que la insistencia del indio en repetir su mensaje, el acento de verdad con que hablaba, la prontitud con que había accedido á pedir las señas que se le indicaban, todo esto hablaba en su favor y le conciliaba la confianza del prelado. Por otra parte, el autor de la Carta no ha leído atentamente la narración del prodigio, ó si la ha leído, no ha querido advertir lo que pasó con esas flores, que tan pronto se veían materiales y verdaderas, como se escapaban al tacto cual si fueran pintadas ó entretejidas en la tilma, lo cual pasó no una, sino varias veces, y le fué referido al Obispo, que deseó por lo mismo asegurarse personalmente de la verdad. ¿No lo dice así la tradición? Y siendo así ¿no es una circunstancia prodigiosa? Y siéndolo, ¿no bastaba para acreditar la sinceridad y la misión del indio? Claro es que sí. ¿Pues por qué se calla todo esto, y se deja á Juan Diego, solo, *con sus flores*, como se dice con cierto desdén?

Mas citemos un pasaje de la excelente historia de Nuestra Señora de Lourdes del célebre Laserre. La Virgen había dicho á Bernardita después de confiado un secreto: "Y ahora vé y diles á los sacerdotes, que quiero se me edifique una capilla en este sitio." Así lo dijo la niña al Cura Peyramale, el cual respondió: "Si la Señora de quien me hablas es realmente la Reina del cielo, tendréme por muy dichoso en contribuir á medida de mis fuerzas para que se le levante una capilla; mas tu palabra no es una garantía. Nada me obliga á creerte; yo no sé quién sea esa Señora, y antes de ocuparme en lo que desea me importa saber si es digna de ello, por consiguiente pídele que me dé alguna prueba de su poder.

"La ventana estaba abierta, y volviendo casualmente la vista el sacerdote hacía el jardín distinguió las plantas desnudas, y desprovistas de las bellezas de la vegetación merced á las escarchas del invierno.—"Según me has dicho, la Aparición tiene debajo de sus plantas un espino, un rosal silvestre que brota entre las rocas. Nos hallamos en el mes de Febrero. Pues bien, dile de mi parte que si quiere que la capilla se le edifique, debe hacer que florezca el rosal.

—"Y despidió á la niña!!

Heridora es la analogía de esta narración con la de la Aparición guadalupana; en una y otra es la Virgen, la Madre de Dios, la que se muestra; en una y otra elige un ser flaco, ignoble, é ignorante para confidente de sus designios; en una y otra hace de su confidente su emisario para dar á conocer sus voluntades; en una y otra manda decir á los sacerdotes que se le edifique una capilla; en una y otra el superior desconfía prudentemente del enviado y solicita garantías; en una y otra se digna la reina del cielo darlas: en México dá flores milagrosas; en Lourdes hace brotar una fuente que derrama la salud por el mundo. ¡Admirable confirmación de las maravillas de un monte con las maravillas de otro monte! admirable conformidad de Lourdes con el Tepeyac!

Pero queríamos hacer notar, que el Abate Peyramale, nada crédulo, y antes prevenido contra las narraciones prodigiosas, sólo pidió unas flores abiertas en el rosal silvestre, y estando en el invierno las reputó bastante garantía de la verdad de la Aparición, cuando acá un montón de ellas, y de varias especies, brotadas, en áridos peñascos, y en el invierno, no bastan á los adversarios, y con desdeñoso acento aun dicen: “y el indio venía saliendo con sus flores que nada significaban!”

¡Nada significaban!

Compara el venerable Beda á la Iglesia con un jardín amenísimo que ostenta rosas bellas y blancas entre sus flores, y exhorta á los fieles á combatir en esta vida para que en el jardín eterno de la gloria, merezcan ceñir coronas candidas por la virginidad, ó purpurinas por el martirio, “porque en los celestes campamentos la paz y la guerra tienen sus flores, con que los soldados de Cristo se coronan.” Así, las flores son al mismo tiempo emblema de las virtudes y señal de los triunfos.

¡Y se dice que nada significan!

El gran Misterio de la Encarnación del Señor, se anuncia en el Profeta Isaías diciendo: “Y saldrá una vara de la raíz de Jesé, y de la raíz se levantará una flor.” [Isai. XI. 1.] Aquí la vara es la Virgen inmaculada, y la flor que de ella se levanta, es Jesucristo nuestro Señor; de suerte que el Espíritu Santo simboliza al Verbo encarnado por una flor.

¡Y se dice que las flores nada significan!

En el Cántico de los Cánticos, hablando Jesucristo de sí mismo, dice: “Yo soy la flor del campo y el lirio de los valles” [Cant. II. 1.] flor del Campo por su familiaridad con los hombres; lirio por su pureza, de los valles por su humildad:

¡Y se dice que las flores nada significan!

La Virgen María es llamada en el mismo Libro divino, “azucena entre las espinas” [Cant. II. 2.] y la Iglesia en el Oficio parvo la compara con la Rosa

plantada en Jericó, y todas las bocas la aclaman en sus letanías: “Rosa mística,” y en todo el mundo se le consagra el mes de las flores y se cubren de flores sus altares.

¡Y se dice que las flores nada significan!

Mas no se habla de las flores en general, podrá decirse, sino de las flores presentadas al Obispo por Juan Diego. “Salió con sus flores que nada significaban!”

Permítasenos copiarnos á nosotros mismos: “Entre las flores que brotaron en el Tepeyac se mencionan tres especies: unas eran claveles, y esta flor de delicado y penetrante perfume puede significar el buen ejemplo. San Pablo dice que los cristianos somos el buen olor de Jesucristo, y esto se entiende de la firmeza de nuestra fé.....Y hoy más que nunca que el hedor de las malas doctrinas inficiona tantas almas, debemos pedir á María nuestra Madre que nos liberte del contagio... Y esto será como hacer brotar olorosos claveles en nuestro corazón. Otras flores eran lirios y azucenas, y sabido es que significan la castidad y la pureza; y nada desea tanto la inmaculada Virgen como el verlas germinar en nuestro corazón..... La tercera clase de flores era la de rosas de Castilla las cuales bellamente simbolizan la caridad; las hay blancas y encarnadas, significando las unas el amor á Dios y las otras el amor á nuestros prójimos” [*Mes Guadalupeño, día 22.* Véase toda la Meditación.]

¡Y salió Juan Diego con las flores misteriosas que grandes cosas significaban!

Sigue la Carta “Bien valía la pena de que el santo Sr. Zumárraga hubiese averiguado muy detenidamente de dónde venía la pintura, en vez de arrodillarse ante ella tan pronto como la vió, quitarla desde luego de los hombros del indio con sus propias manos, y exponerla inmediatamente al culto público en su oratorio” Todo esto, debemos decirlo, son dislates de gran tamaño. Aunque la imagen no hubiera arrebatado con su celeste hermosura, como arrebatada todavía, sino sólo fuese una imagen pintada por el hombre:

¿quién ha dicho al autor de la Carta que para hincarse á venerar una imagen de Nuestra Señora se necesita averiguar primero de dónde viene? ¿De dónde ha sacado que para exponerla al culto público se haya de necesitar saber su procedencia? Sobrenatural, ó humana, una imagen siempre es venerable; y si se necesitara averiguar de dónde venía cada imagen para arrodillarse ante ella y darle culto, casi ante ninguna podríamos hacerlo.

“Otra circunstancia debió aumentar su desconfianza: la de que la Imagen está pintada en una manta fina de palma, y no en un grosero ayate..... ¿De dónde venía á Juan Diego esa capa tan agena de su humilde condición?”

Pues que los indios tejían ambas clases de mantas no era ageno de su humilde condición el tener una; lo primero. Segundo, que toda la tradición ha asegurado que se trata de un tosco ayate, y si los pintores de Bartolache, aseguraron que era fino y no tosco, fué porque no la examinaron por el reverso como Cabrera y los primeros pintores que la observaron por ambas caras. Así lo demuestra Conde y Oquendo, y es mala táctica repetir las objeciones ya bien resueltas, sin decir una palabra de las soluciones que las han desbaratado.

De todo este número inferimos, que en materia de estudios bíblicos, y en el simbolismo cristiano anduvo tan desgraciado el autor de la Carta, como antes en Teología mística y ascética. ¿Cual será en lo demás?

VII.

El nombre de Guadalupe. — Un drama en el aire. — Todo es drama. — El diablo contra sí. — Las circunstancias tan inverosímiles. — La Virginidad en el Matrimonio. — Nuevos ejemplares. — Armonías. — El director. — Seis preguntas maliciosas. — Breves pero sólidas respuestas. — Las correcciones del Breviario corroboran la Aparición.

No queremos ocuparnos de lo que asegura la Carta acerca del nombre de Guadalupe que lleva la Imagen:

que le fué todo por parecerse á la del mismo nombre de Extremadura en España; no existiendo ahora, ni habiendo existido jamás semejanza ninguna entre ambas imágenes, una pintada y una esculpida, una con el Niño Dios en los brazos, y otra sin él, no parece posible que haya todavía quien asiente tamaña falsedad, cuando ya Conde y Oquendo la había combatido y hecho palpar. Pero, lo repetimos, el sistema es el de volver á presentar las mismas objeciones como si no estuvieran contestadas y resueltas suficientemente. Tampoco queremos detenernos en combatir la paradoja que se propone acerca de la creencia en la Aparición: se contó una narración, alguien la encontró escrita, la añadió y la exornó conforme á su gusto, y la convirtió en historia; el siglo fanático creyó en dicha historia; y hé aquí el culto y la creencia en la Aparición, y á los Obispos crédulos como todos, y á los Sumos Pontífices aprobando esta mentira, y dándole entrada en la liturgia eclesiástica. Esto, como se vé, es quimérico y absurdo. Las instituciones dan origen á los poemas, no sabemos que jamás un poema ó un drama haya fundado una institución. Los hechos ya pasados, las vicisitudes de los pueblos y las guerras inspiraron á Homero y á Virgilio; pero la Iliada y la Eneida, no hicieron dioses ni fundaron ciudades; antes de la divina comedia del Dante, fué la Suma inmortal de Santo Tomás.

¿Cómo puede un cantar fabuloso, fundar un culto, levantar templos, engañar por siglos enteros á toda una nación, y conmover al mundo coronando una falsa efigie?

Pero véamos el fundamento de idea tan descabellada: “La historia de la Aparición [dice la Carta,] tiene una contextura dramática que á primera vista se advierte. Los diálogos entre la Virgen y Juan Diego; las embajadas del Obispo; las repulsas de este; el episodio de la enfermedad de Juan Bernardino; la huida de Juan Diego por otro camino; las flores nacidas en el cerro, y por último el desenlace con la aparición de la pintura,